DOMINGO II DESPUÉS DE NAVIDAD (A)
Homilía del P. Josep Miquel Bausset, monje de Montserrat
5 de enero de 2014
Jn 1, 1-18.

Cada Navidad, hermanas y hermanos, celebramos de una manera particular el amor de Dios manifestado, revelado, en el Niño del pesebre. Cada Navidad, como nos ha dicho el Papa Francisco, celebramos *"el encuentro con Jesús y el encuentro de Dios con su pueblo "* (Entrevista en el diario La Stampa. 15 de diciembre 2013) Un Dios que se ha hecho hombre y que "vivió entre nosotros" (Jn 1, 14). Un Dios que se ha hecho uno de nosotros, para compartir así nuestra vida.
La Navidad, hermanas y hermanos, nos debe ayudar a mantener viva la llama de la esperanza, ¡a pesar de todo! Y a que la Iglesia, antes de que una institución, sea un abrazo fraterno de misericordia y de comunión, y un lugar de perdón y de fiesta.

La Navidad, hermanas y hermanos, nos debe hacer a todos los cristianos, contemplativos del amor en el silencio orante, para que así, con la oración y la acogida, la Iglesia se convierta en una encuentro de fe, fraterna y gozosa.

La Navidad nos debe hacer testigos de alegría, de servicio y de sencillez, características de aquellos hombres y mujeres que buscan a Dios, un Dios que encontramos en la intimidad del corazón, allí donde germina la semilla del amor y de la esperanza.

La Navidad debe hacer posible que la soledad se transforme en comunión, las ofensas en perdón y la discordia en diálogo. Así, con el silencio, el trabajo y la oración, descubriremos que acoger es mucho más que escuchar y que en medio de las prisas y de la incomunicación, podemos crear espacios para humanizar el mundo. La Navidad nos debe hacer ver que, cambiar este mundo es posible y que el Reino soñado es una utopía, sí, pero una utopía que podemos hacer realidad. La Navidad tiene que hacer que nuestras comunidades cristianas, lejos de encerrarse en sí mismas, abran horizontes de esperanza y de paz, ya que el Niño del pesebre, el Dios-con-nosotros nos hace descubrir que la oración nos hace fuertes en la debilidad y generosos en la pobreza.

La Navidad nos ha de llevar a vivir con una sonrisa en el rostro, mientras nacen en nuestros corazones, sentimientos y actitudes de alegría y de paz. La Navidad nos debe hacer ayunar del consumismo, tan extendido en nuestro mundo y ha de hacer de nosotros hombres y mujeres que creen en el perdón y en la fraternidad, en la esperanza y en el ser humano. La Navidad, hermanas y hermanos, nos debe ayudar a hacer de la Iglesia un espacio abierto a todos aquellos que comparten la oración y la reflexión, el diálogo y el perdón, el compromiso y la lucha por la justicia. Y también, un espacio abierto a los alejados de la fe, para acogerlos con afecto y estima. La Navidad nos debe hacer hermanos unos de otros y artesanos de paz y de esperanza, para así, construir una Iglesia que sea un hogar abierto a todos, espacio de proximidad, de comprensión y de comunión, de alegría y de consuelo. La Navidad nos debe ayudar a mantener encendida la llama de la esperanza, en medio de un mundo desesperanzado y cansado.

La Navidad, como nos dice el Papa Francisco, *"nos habla de ternura y de esperanza",* porque "*Dios está con nosotros*". Porque "*Dios se fía de nosotros*" (Homilía del Papa en Santa Marta. 19 de diciembre 2013). La Navidad es el tiempo para descubrir el Dios- con-nosotros, en la gente sin patria y sin familia, en las personas que lloran, en todos aquellos que han perdido la esperanza, en los que nunca se han sentido

queridos, nos los ancianos que viven solos, en los que trabajan por la libertad y por la justicia y en todos los que sufren.

Navidad es también tiempo de encuentro y de reunión, para deshacer recelos y malentendidos. Es así como lo vivió en Tierra Santa el papa Pablo VI, hoy hace 50 años, como peregrino de paz y de reconciliación.

Hermanas y hermanos, sólo viviremos realmente la Navidad, si la celebramos abiertos a los signos de los tiempos, abiertos al mundo y a todas sus inquietudes. Porque lo sagrado, maravilloso, divino, ha entrado en el espesor de nuestro mundo. ¡Y así se ha hecho la Navidad!

Viendo al Niño, intuimos ya que el pesebre huele a bienaventuranzas. Por eso sólo podremos celebrar la Navidad, acercándonos al Niño Dios con un corazón pobre, humilde, sencillo, libre, porque como decía Joseph Jaubert, "*para acercarse a Dios, no hay que ser ni sabio ni filósofo, sino niño o como mucho, poeta*". La Palabra se hizo carne, ¡y todos nosotros estamos llamados a ser voz de esta Palabra!

Hermanas y hermanos, Dios ha visitado a su pueblo. Dios se ha hecho uno de nosotros. Ojalá sepamos descubrirlo en todos aquellos que se nos acerquen.